

Jutta Burggraf

Descubrir de nuevo el matrimonio y la familia

San José, C.R.: Ediciones PROMESA, 2004

Índice

- **Presentación**
- **El matrimonio comunidad de vida y de amor**
 - 1. Una reflexión previa
 - 2. Enamoramiento
 - 3. El conocimiento del otro
 - 4. Seguridad
 - 5. Dar y recibir
 - 6. Decepciones
 - 7. Fidelidad conyugal
 - 8. Rezar por el cónyuge
 - 9. Consideraciones finales
- **El feminismo, ¿destruye la familia?**
 - 1. Una reflexión previa
 - 2. El feminismo radical
 - 3. Las familias patchwork
 - 4. El feminismo cristiano
 - 4. 1. Aceptarse a uno mismo
 - 4. 2. La maternidad como don
 - 4. 3. El matrimonio como vocación divina
 - 4. 4. La búsqueda de la santidad

Presentación

Este es un ensayo que propone un feminismo cristiano diferenciándose de otras corrientes del feminismo en la convicción de que es posible vivir en familia y desarrollarse humanamente al asumir seriamente la espiritualidad tanto por parte de los hombres como de las mujeres.

Otras corrientes del feminismo han perdido la esperanza de que los problemas de violencia, abuso de poder, y complejidades psicológicas consecuentes que se dan tradicionalmente en las familias de todas las clases sociales puedan superarse. El feminismo cristiano que se plantea en este ensayo, busca la permanencia de la familia y los lazos de solidaridad y afecto mediante la búsqueda de actitudes de fe y reverencia hacia Dios. Como los patrones de conducta agresiva, irrespetuosa o impositiva se han heredado de generación en generación y han sido introyectados profundamente en la psiquis, hoy día es posible lograr mayor comprensión de estos procesos y una solución a los conflictos, con ayuda también de la sicología, la educación, el arte, el estudio, el deporte y toda disciplina sana que ayude a las personas a realizarse en sus capacidades.

La felicidad de los integrantes de la familia es un valor que se trasluce en la intencionalidad de la propuesta y en esto coincide con el espíritu de los derechos humanos que desde el Estado deben protegerse. Los derechos fundamentales de los y las integrantes de la familia sólo podrán lograrse si existe un profundo sentido de misericordia y compasión dentro de la familia, para escuchar atentamente las emociones, consolar y apoyar en vez de imponer un criterio. Un esposo que escuche, unos padres que en cuclillas miren sin temor a los ojos de las niñas y niños respetarán y amarán y, de esa manera potenciarán las capacidades humanas de quienes conformen la familia.

El mandato de "ama a tu prójimo como a ti mismo", en este caso se podrá traducir en "ama a tu prójimo como a ti misma". Con esto podremos concluir en la necesidad de encontrar un equilibrio entre el auto-cuidado y la vida en relación con los demás, mediante el

cual se proteja la salud, la integridad física y emocional, la dignidad y el desarrollo humano de todos y cada uno de los integrantes de la familia.

Georgina Vargas Pagán de Brenes

Ministra de la Condición de la Mujer
Presidenta Ejecutiva del INAMU
Instituto Nacional de las Mujeres

San José, Costa Rica

El matrimonio comunidad de vida y de amor

1. Una reflexión previa

Sin lugar a dudas, estamos frente a un tema controvertido. ¿Se puede calificar, verdaderamente, al matrimonio como una *comunidad de amor*? ¿Conviven los cónyuges porque se *aman*? Hace poco, escuchaba explicar a algunas personas cuáles eran las razones por las que no querían separarse de su cónyuge después de diez, veinte o cuarenta años. Uno de los entrevistados señalaba que se sentía a gusto en su matrimonio, pues podía hacer lo que quería: su mujer no se enfadaba si llegaba tarde a casa, y tampoco le preguntaba dónde había estado. Naturalmente, él también le daba a ella la misma libertad. Además, ella se ocupaba tanto de la casa como de los niños. ¿Qué más podía esperar? La esposa de un empresario afirmó que había tenido mucha suerte con su matrimonio. Su marido ganaba mucho y, por fin, tenía el estilo de vida que le gustaba. Ahora tenía suficiente tiempo y dinero para satisfacer todos sus intereses culturales. Y una ejecutiva muy agobiada comentó que su marido y ella estaban bien ensamblados: él cocinaba todos los días salvo los fines de semana, en que le tocaba a ella. Pero a cambio, ella hacía las camas y el desayuno. No cabe la menor duda de la sinceridad de los entrevistados y de que se trata de hombres y mujeres que se esfuerzan por comportarse correctamente; sin embargo, es muy probable que continúen siendo dos extraños durante toda su vida.

¿Es esto todo lo que podemos esperar del matrimonio? ¿Bastan algunos acuerdos y un par de normas de cortesía para que la vida de la pareja funcione? ¿Debemos aspirar a transformar el *verdadero amor* con el que todo el mundo sueña, en una simple armonización de normas y reglas? Me parece que el ideal cristiano del matrimonio supera en mucho el logro de este objetivo. El cristianismo habla del amor total, sin límites hacia otra persona. Como todos habrán oído probablemente antes, el modelo del amor conyugal es el que nos reveló Cristo. Este amor es tan profundo y misterioso que Cristo no dudó en morir en la cruz para ganar a la Iglesia como esposa suya.

En nuestra sociedad secularizada imperan acerca del amor matrimonial ideas bastante diferentes a las cristianas. Se quiere disfrutar, beneficiarse, ser mimado. Por mucho que se diga lo contrario, el amor y el matrimonio parecen incompatibles entre sí. En muchas películas, novelas e historias y en comentarios y chistes de la literatura popular, el matrimonio se ve como una *trampa*, una *cárcel* e incluso como un *manicomio* o un *infierno*. Y sabemos de sobra que así lo ven —o incluso lo viven— muchos de nuestros contemporáneos. Por eso, en algunos ambientes nos aplaudirán con euforia si hablamos desdeñosamente del matrimonio. El pesimismo es contagioso, ¡pero el cinismo lo es aún más!

Por supuesto, no debemos cerrar los ojos ante las dificultades, pero tampoco debemos fijarnos sólo en los problemas; tal actitud conduce a un rechazo de plano del matrimonio. Además, no conviene engañarnos o dejarnos llevar por las apariencias: hoy en día, muchos matrimonios viven felices. Su número no es tan pequeño como suele presentarse a veces. Se trata de personas que no tienen miedo al compromiso y se esfuerzan por crear algo bello y grande con su unión. Me refiero aquí al *auténtico compromiso*, y no al aprendizaje de unas reglas del juego superficiales. El auténtico esfuerzo supone un continuo examen de nosotros mismos y de nuestras propias actitudes. Creo que, en primer lugar, no se trata de qué *hacer*, sino de cómo tiene que *ser*

una persona para lograr un matrimonio feliz. En el matrimonio, el hombre y la mujer llegan a formar una nueva unión existencial, de la que crece la necesidad de conservar la propia interioridad, de combatir el propio egoísmo, el despotismo y la desidia del corazón, para que el mal no trascienda al otro y lo contagie o contamine. Si existe disposición personal para mejorar uno mismo, también se podrá, generalmente, mejorar la vida conyugal.

2. Enamoramiento

Todo parece sencillo al principio. Un hombre y una mujer se enamoran. Se desea la presencia de la otra persona y se hace todo para que el otro sea feliz. Las dificultades y los obstáculos no cuentan, y apenas se perciben. Las ataduras de la inercia, la apatía y la languidez parecen superadas. "El auténtico enamoramiento hace al hombre tierno y hasta puro," dice el filósofo Dietrich von Hildebrand^[1], y no se refiere con esto a la embriaguez emocional, al hechizo de los sentidos, sino al entusiasmo *verdadero* que se siente por otra persona, una fascinación del entendimiento y del corazón, de la voluntad y de los sentimientos. Aunque tal vez este arrebatado se base primero en la exterioridad del otro, también se percibe su bondad y su belleza. Igual que el amor conyugal, el enamoramiento *auténtico* aspira a la exclusividad absoluta y la continuidad. El que dice estar enamorado *ahora*, pero no sabe si seguirá estándolo *mañana*, está embriagado, pero no realmente enamorado.

La intensa sensación de enamoramiento en los comienzos de un matrimonio es algo positivo, que facilita los principios. Un avión de Munich a Hamburgo gasta el 80 % del combustible durante la fase de despegue. Es necesario invertir esta inmensa cantidad de energía para que el avión alcance la altura de vuelo. Una vez adquirida, se precisa un suministro diferente de energía. Ahora tendrá que ser regular y continua, y de vez en cuando se tendrán que hacer correcciones más o menos grandes del curso para mantener el rumbo.

Un enamoramiento auténtico es la mejor condición para el matrimonio. Pero no es absolutamente necesario. Todos los pensadores y poetas y muchas personas con experiencia en la vida, están de acuerdo en que no es frecuente que un gran enamoramiento conduzca al matrimonio. El que lo experimenta se siente feliz y afortunado. Pero también si se comienza sin él, puede lograrse un matrimonio feliz. Puesto que enamorarse no es una exigencia primordial, no parece conveniente hacer de ello una condición para casarnos o para persistir en nuestra unión.

El matrimonio que nace de la simpatía, de la amistad y de la benevolencia, también tiene buenos cimientos. Aunque menos romántico y más prosaico, es indudablemente susceptible de desarrollo. De la simpatía puede nacer amor, de la costumbre, cariño y confianza.

Un gran número de matrimonios se contraen por interés o por sentimiento de deber: hay viudos que buscan una madre para sus niños pequeños, y viudas que buscan un padre para sus hijos adolescentes; también hay bodas que se celebran por agradecimiento o para solucionar el aspecto económico, para participar de un prestigioso apellido, porque existe un embarazo o para no quedarse sólo... Estas razones, por supuesto, no son nada ideales. Pero cuando hay simpatía por el otro, y uno se siente a gusto con él y se está dispuesto a compartir la vida con él, estos matrimonios muchas veces pueden desarrollarse y profundizarse (el matrimonio por dinero, probablemente, el que menos). Están llenos de esperanza: la del *verdadero* amor que no afecta sólo a la razón, sino también al corazón.

De una manera u otra, el enamoramiento está siempre en la base del amor conyugal, aunque sólo sea como posibilidad latente. No creo que sea correcto despreciarlo, pues la falta de amor podría ser una de las causas más frecuentes del empobrecimiento de la relación. Esto no significa que el enamoramiento esté continuamente igual de vivo, pero debería impregnar siempre el

matrimonio, pues, profundizado cada vez más, representa su plena realización.

Por supuesto, matrimonio y amor no deben identificarse ingenuamente. El matrimonio, que es una unión objetiva, es independiente de los sentimientos amorosos, aval de seguridad y permanencia. Esa unión es como un cercado que en su interior hace posible el crecimiento del amor. Se basa en una decisión definitiva. La frase "te quiero" es una característica de esa decisión. Por eso, cualquier anexo como un "te quiero *mucho*" o "te quiero *enormemente*" no se considera un refuerzo, sino más bien un amortiguamiento.

En el caso ideal, tampoco se dirá "te quiero por tu belleza (tu inteligencia, tu fortaleza, tu musicalidad)", pues entonces se querría sólo *algo* del otro (un algo que indudablemente es digno de ser amado), pero aún no se amaría a la otra persona en sí, tal como es. En realidad, lo que se quiere expresar es: "Te quiero por ser el que eres." Entonces sí se ama al otro por sí mismo, a través de todas las adversidades de la vida, las enfermedades, la vejez y hasta más allá de la muerte.

3. El conocimiento del otro

"Te quiero por ser el que eres" significa: "te conozco, reconozco la esencia inconfundible de tu ser, y te acepto tal como eres." El amor conyugal, como todo amor, tiene que ver en primer lugar con el conocimiento. Sólo puedo amar a quien conozco, y si lo amo, deseo profundizar cada vez más en su conocimiento. Al revés, yo también deseo que aquél por el que me sé amado *me* conozca cada vez mejor. Por eso, los amantes buscan la conversación y la presencia de la persona amada de manera cada vez más intensa. Es significativo y tiene un sentido profundo que la Biblia hable de "conocimiento" al referirse a la unión sexual.

Conocemos al otro y no lo conocemos, pues cada persona es un misterio inextricable, insondable. Cuanto más nos sumergimos en las profundidades de nuestra propia personalidad o la de otra

persona, más se nos escurre lo que deseamos captar. A pesar de esto, el amor conserva vivo el deseo de penetrar en lo más íntimo del otro. Y sólo él nos puede revelar, siquiera un poco, cómo es realmente la otra persona.

El amor verdadero hace ver, no ciega. Si quiero a alguien, me doy cuenta, por ejemplo, de si se enfada, a pesar de que intente disimularlo. Es más, veré más allá y percibiré que el otro tiene miedo o se siente culpable. Su enfado es sólo una expresión de su descontento. Veo, entonces, su turbación y sufrimiento, y no su enfado. El amor lleva a la comprensión.

En los comienzos de un matrimonio, el conocimiento auténtico del otro y la anticipación de su futuro desarrollo es posible sólo de manera muy deficiente. Para ello es necesaria una convivencia de muchos años. El conocimiento adquirido con el tiempo puede ser doloroso, pero también liberador. Tal vez, el otro no corresponda a mis primeras impresiones de él, al ideal soñado; voy viendo más y más claramente sus limitaciones y debilidades, las faltas y las imperfecciones. Pero cuanto más me aleje de mi ideal soñado, más profundamente captaré que el otro es *único*. (Toda persona es original; los productos de la fantasía, en cambio, son sumamente estereotipados. Un ejemplo patente son las novelas rosas.) Puedo darme cuenta de que el otro es diferente de todos los que han existido antes y existirán después. Con el tiempo, llegaré a conocer también sus posibilidades más recónditas. Lo conozco, no sólo según lo que es, sino también según lo que *puede y debe* ser, cómo podría ser su perfección y su auténtica autorrealización. Voy viendo cada vez mejor, cómo Dios lo quiere ver realizado desde la eternidad y para la eternidad. Por eso, el *cielo* es, en cierto sentido, una parte de todo amor auténtico. El cielo ha de entenderse aquí como aquel lugar donde todo ha llegado a su perfección. Mientras más amo a una persona, más profundamente llego a penetrar en su ser y a atisbar algo de su última perfección. Por eso, el amor, podríamos decir, en cierto sentido, es una anticipación del cielo.

Naturalmente, el conocimiento de la otra persona no puede alejarnos de la realidad, sino arraigarnos más fuertemente en ella. Cuanto más conozca al otro en lo que es y lo que debe ser, más crece mi amor hacia él. Si ello no ocurre, este conocimiento se esfumará y quedará solamente la desilusión y la resignación producida por el recuerdo de una ilusión. En cambio, mientras más crezca mi amor, más desearé que el otro sea lo mejor y lo más perfecto posible, en suma, que se realice al máximo; y así estaré preparado para ayudarlo a alcanzarlo. Veo, con una claridad cada vez mayor, cómo mi autorrealización personal consiste en *ayudar al otro a realizarse*.

4. Seguridad

En la unión conyugal, dos personas se hallan frente a frente, sin máscaras. Cada cual es amado por sí mismo, por lo que es, y no por lo que *tiene*.^[2] No es necesario justificarse o defenderse, ni ganarse la estimación a través del propio rendimiento. Una mujer contó después de dieciséis años de matrimonio: "Mi marido siempre me dice: `Me he casado contigo porque quería poder sentir tu presencia como algo normal.'" Esto no suena excesivamente afectuoso, pero lo que quiere decir es: "Me siento a gusto contigo. Puedo fiarme de ti. Es bueno saber que no necesito luchar constantemente por ti ni tengo que hacerte una buena impresión." Con eso también quiere expresar: "Sin ti, no sé entenderme a mí mismo. Tú me perteneces, y yo pertenezco a ti."

Un momento decisivo en la trayectoria amorosa de dos personas se da, cuando ambos notan que se pertenecen mutuamente. Este descubrimiento funda una profunda intimidad y, por eso, tanto él como ella sentirán el mismo deseo: proteger y ser protegido.

Muchos cónyuges felices decidieron abandonar pronto el deseo de impresionarse mutuamente. Cada cual puede ser tal como es con el otro, y descansar de tantas normas y juegos de roles impuestos por la sociedad. Así pueden recobrar fuerzas para nuevas tareas. ¿Qué importan los problemas diarios en la oficina, si hay una

persona a la que se le pueden contar todas las preocupaciones, y cuyo amor vale más que todas las ofensas?

Por supuesto, no es siempre fácil crear un sentimiento de seguridad dentro de un matrimonio. Se precisa tiempo y esfuerzo, y no basta con dedicarse al tema de vez en cuando, en algunos ratos libres. Hay que tomar en serio tanto los deseos, las esperanzas y los anhelos como también las cargas psicológicas y las sensibilidades de la pareja. A veces es necesario huir de lo desagradable, superar situaciones embarazosas y tener en cuenta la susceptibilidad del otro. Sin duda, también forma parte del amor, escuchar con interés auténtico *todo* lo que el otro desee contar. Hace poco, un hombre infeliz en su matrimonio me decía: "Ya no me gustan los viajes de negocios, como solían gustarme antes, pues no tengo a nadie a quien contárselos después." La disposición a escuchar, recibir y tomar parte en la vida del otro es, con toda seguridad, el mayor regalo que se le puede hacer a una persona. Desgraciadamente, hay muchos que nos prestan oído, y hasta nos dan consejos sin interesarse verdaderamente. No toman en serio lo que el otro les dice, y tampoco les importa lo que le contestan.

Un síntoma frecuente para la confianza es compartir un secreto. Cada matrimonio tiene el suyo, algo que sólo conocen los cónyuges. Se puede tratar de cosas sumamente insignificantes, por ejemplo, el que para *ella* la última fiesta familiar fue un suplicio, o el que *él* sufre de vértigo. Cada uno se muestra al otro tal como es, sin sentir vergüenza. Mientras más intimidad haya en la vida de la pareja, más probable es que se guarde el secreto. En cambio, el que hace mal uso del secreto, demuestra que ya no tiene amor.

El grado de confianza de un matrimonio depende en gran medida de que ambos cónyuges tengan la sensación de ser lo más importante para el otro. Conversando con mujeres divorciadas se escucha con una frecuencia sorprendente: "Mi marido nunca me dio a entender que yo fuera para él algo especial; yo no significaba para él más que otras personas. No se preocupaba de mí, le era

indiferente." Si nos enteramos de que nuestro avión sale con algunas horas de retraso, y, en consecuencia llegaremos mucho más tarde a casa, llamamos por teléfono a quien nos esté esperando, para que no se preocupe. Y si no tenemos a nadie a quien llamar, porque nadie nos espera, posiblemente nos sentiremos muy solos.

5. Dar y recibir

El que ama quiere la felicidad del otro. Por eso, se ocupa de él, de ella, y no de su propio bienestar. El *otro* se transforma en objeto de sus pensamientos, sentimientos y deseos, de su esperanza y su añoranza. No sólo vive *con* él, sino también *para* él. Quiere que el otro pueda apoyarse en él, hacerle un bien. El Papa Juan Pablo II dice que, quien ama de verdad, desea dar todo aquello que ni se puede comprar, ni vender,^[3] pues eso es lo que más vale. El que ama da algo de sí mismo, de su propia vida, de lo que está vivo en él. Comparte sus alegrías y sus penas, sus ilusiones y desilusiones, sus experiencias y planes para el futuro, sus conocimientos, sus intereses, sus reflexiones y su humor, en una palabra: se da a *sí mismo*. Compartiendo su vida con el otro, se enriquece. Aumenta la sensación de estar vivo, y se hace más fuerte. Cuando alguien da de verdad, no tardará en recibir. Pues la entrega del uno fomenta la generosidad del otro, satisfaciendo a ambos.

Por cierto, *dar* significa *recibir*, no sólo en las relaciones matrimoniales, sino también en muchas otras situaciones. El profesor aprende de sus alumnos, el deportista se siente animado por los espectadores, algunos psicoterapeutas son curados por sus propios pacientes. Todo esto es estupendo, mientras no se caiga en la gran tentación de buscarse a sí mismo en esa entrega. Pues hasta en los actos más desinteresados puede faltar el amor; hasta la bondad puede convertirse en injusticia frente a otra persona, y una entrega ostentosa puede llegar a ser ofensiva. Basta pensar en las amas de casa que se matan limpiando, y después se lo echan en cara al marido. (¡Y no sólo al marido! También ala nuera,

a los vecinos, incluso a los desconocidos, a todo quien se le cruce por el camino...)

El *desprendimiento* es elemento esencial del amor. Sólo cuando se sabe salir de sí mismo, desprenderse del propio yo, y no se busca recibir constantemente el elogio y el aprecio de los demás, se es capaz de compartir la vida de otra persona. Esto presupone un cierto nivel de madurez y de independencia, ya que es necesario haberse aceptado a sí mismo antes de poder aceptar a otra persona. Para comprender las ideas de los demás, hay que haber aprendido antes a pensar por sí mismo; para entender las reflexiones de los demás, antes hay que tener un pensamiento propio. Tanto el hombre como la mujer tienen que hacerse capaces de discurrir y hacer planes por su propia cuenta. Esta independencia es condición previa para la capacidad auténtica de amar. Si dependo de alguien por incapacidad de ser independiente, esa persona puede ser mi salvavidas, mi punto de apoyo, mi orgullo y mi hogar, ¡pero nuestra relación jamás podrá llamarse *amor!* Mientras yo no tenga mis propias convicciones, y mis propios actos sólo sean reacciones a los actos ajenos y ecos suyos, no podré ser un verdadero amigo de nadie.

El amor solamente es posible sobre la base de la libertad. Quien es libre, no se opone a entregarse ni le molesta sentirse insignificante. No envidia en el otro lo que él mismo tal vez no tiene y, frecuentemente, se alegra de que el otro sea más importante que él.

6. Decepciones

Vamos viendo que la cotidiana vida matrimonial es con frecuencia muy bonita, pero también puede ser agotadora. Todos tenemos épocas en las que nos sentimos más débiles, indiferentes, desanimados. A veces, resulta más fácil esconderse tras una perfección formal, en vez de adaptarse una y otra vez a la pareja. Hay muchas parejas que, siendo conscientes de ello o no, han hecho suyo este estilo de vida. Muchos matrimonios ya no conversan, no por falta de tiempo, sino por haberle cerrado al otro

la puerta del corazón. Sin embargo, si ya no hay comunicación, el sentimiento de seguridad se va esfumando. El amor se convierte en un jardín descuidado y salvaje, cosa que a veces se traduce en un trato grosero, y hasta en rudeza en la vida sexual. Para la mayoría de las mujeres, una intimidad física sin proximidad psíquica y espiritual que abarque toda la persona, sin sintonía intelectual y emocional, es una carga superior a sus fuerzas.

No se trata de un simple ignorar las dificultades. Algunos opinan que, si se ama, nunca debería haber conflictos, y que el dolor y la tristeza se han de evitar a toda costa. Es esto un error muy extendido, pues los problemas forman parte de la vida humana. No pueden excluirse del mundo, igual que es imposible estar inmune frente a todas las enfermedades. No se ha acabado de extinguir un agente patógeno peligroso, cuando surge uno nuevo. Antiguamente se luchaba contra la peste y el cólera, hoy en día lo hacemos contra el cáncer y el SIDA. Esta es la realidad, y no nos queda otra opción que aceptarla. No podemos escondernos en un mundo irreal o en una torre de marfil construida por nosotros mismos. En suma: no podemos seguir siendo niños eternamente. Y eso ocurre cuando los cónyuges intentan eludir todo conflicto. Si se acostumbran a callarlo todo, previa conformidad tácita, tal vez puedan presumir durante un tiempo de una aparente paz; pero pagarán finalmente un precio muy alto por ella, pues pronto se aburrirán mutuamente con sus conversaciones superficiales, y el matrimonio entrará en un callejón sin salida. Tal vez huyan de sí mismos y de su pareja hacia los hijos, el trabajo o alguna aventura.

Es mejor que haya a veces una fuerte discusión concreta, a que el amor se vaya ahogando en un mar de suposiciones falsas. "Una casa sin querellas es como una boda sin música," dice un refrán turco. Conozco matrimonios felices que tuvieron conversaciones muy dolorosas, a veces disputas muy vehementes, bajones y fases de inseguridad. Pero después de cada crisis, los cónyuges se esforzaron en dar un nuevo comienzo a su unión. Volvieron a pronunciar un "sí", más consciente y más libre que la primera vez.

Una crisis matrimonial no es ninguna catástrofe. Quien huye de ella, la sobrevalora. Quien la ignora, peca de despreocupación. Deberíamos descubrir la oportunidad que hay encerrada en ella. A través de tales pruebas, el amor va madurando y ganando en profundidad; cada tormenta es oportunidad de renovación. Con los años voy amando más y más porque *quiero amar*, porque me he decidido por el otro como cónyuge y estoy dispuesto a soportar desilusiones.

La realización mutua de nuestros sueños no es ningún elemento básico del matrimonio, sí, en cambio, la valentía de aceptar siempre de nuevo a una persona que con el paso del tiempo va actuando de manera diferente a mis ideales. No es el matrimonio lo que debemos romper, especialmente cuando se nos presenta una crisis, sino nuestros sueños e ilusiones irreales. Ante todo, tales situaciones son ocasiones de aprender a perdonar y a pedir perdón. Es una lección nada fácil, pero parece el único camino para curar las heridas que nos hemos producido mutuamente. Quien intenta amar de verdad, no será capaz de pronunciar la frase, casi perversa, que con cierta frecuencia se escucha: "Te perdono, pero no olvidaré." ¡Si lleváramos la cuenta de todos los fallos de una persona, acabaríamos transformando en un monstruo, hasta al ser más encantador!

Tenemos que creer en las capacidades del otro y dárselo a entender. A veces, impresiona ver cuánto puede transformarse una persona, si se le da confianza; cómo cambia, si se le trata según la idea perfeccionada que se tiene de ella. Hay muchas personas que saben animar a su cónyuge a ser mejor, a través de una admiración discreta y silenciosa. Le comunican la seguridad de que hay mucho bueno y bello dentro de él, que, con paciencia y constancia, animan y ayudan a desarrollar.

7. Fidelidad conyugal

Una persona necesita toda una vida para madurar. Requiere la ayuda de los demás y, si está casada, especialmente la de su cónyuge. Para desarrollar sus capacidades, el hombre necesita el

apoyo de su mujer, y la mujer el de su marido. En términos cristianos, esto quiere decir: los cónyuges pueden ayudarse mutuamente a llegar a ser lo más perfectos, es decir, lo más santos posible.[4]

Aquí es donde descubrimos la importancia de la fidelidad conyugal. *La fidelidad*, naturalmente, tiene que ver con la sexualidad, pero no se limita a ella. Incluye la aceptación de la pareja en todas las dimensiones de su personalidad. Normalmente, la fidelidad está presente en la vida matrimonial cotidiana de una manera callada y poco visible, consistiendo en una permanencia tanto en los tiempos buenos como en los difíciles. Se necesita de la ayuda del otro, sobre todo frente a la monotonía diaria en que, a menudo, se convierten las obligaciones familiares y profesionales. Pero también se requiere cuando se fracasa, se duda de sí mismo o acaso se ha fallado. "Sé solidario con tus amigos, sobre todo cuando sean culpables," reza un proverbio francés. Cuando alguien está a punto de caer en las profundidades de la miseria, ¿no es precisamente la pareja la que en primer lugar debe luchar por y con él?

Todo esto suena a mucho idealismo, y más en los tiempos que corren. ¿Qué hacer si los fallos de la pareja son insoportables? ¿Cuando el otro se aprovecha descaradamente, haciendo sentirme indefenso y como un títere? ¿Qué hacer si ya no puedo confiar en el otro, puesto que se dispone de pruebas fundadas de que está mintiendo?

Este tipo de situaciones pone a prueba a la persona inocente. A veces, una separación física se hará irremediable, pero vale la pena el intento de vencerse con todas las fuerzas. ¿Qué sería de nuestro mundo si nadie supiera perseverar? Tenemos que ser extremadamente responsables con la promesa matrimonial. Por ella nos hemos unido libremente a otra persona, y puesto que, como cristianos, la hemos hecho delante de Dios, en cierto modo, nos hemos unido con y a través de esta persona con Cristo: la promesa se hace también frente a Él. La entrega no solamente se

efectúa mutuamente, a la vez uno mismo se entrega también a Cristo. Los cónyuges no sólo viven el uno para el otro, sino más bien viven juntos para Cristo.

La esencia del matrimonio cristiano consiste precisamente en que la intimidad entre los cónyuges y de éstos con Dios está entrelazada. El amor entre un hombre y una mujer no sólo los une a ellos, sino también a ambos con Dios. En su amor Cristo es también amado, porque el sacramento del matrimonio es una de las siete fuentes misteriosas de la participación en la vida divina. Esto significa que, si los cónyuges se aproximan entre sí, a la vez se unen más estrechamente con Cristo; y cuando se separan el uno del otro, entonces puede ser que ellos también se separen de Cristo.

Hay personas que se preguntan si pueden permanecer al lado de su cónyuge, pese a que ven que su matrimonio está arruinado. ¿Compartiré su caos interior? ¿Me ahoga con sus agresiones y sentimientos amargos y nocivos? ¡Tengo que protegerme y separarme de él! A veces, esta protección es necesaria cuando se trata de una amistad en un plano exclusivamente humano. En cambio, si se confía en el amor de Dios que ayuda a través de la unión matrimonial, no hay que tener miedo y sí se puede tener fe en la fuerza del amor divino, capaz de curar las heridas provocadas.

En el matrimonio cristiano no están presentes sólo a aquellas dos personas que han decidido permanecer juntas, sino también Cristo. Este hecho confiere al matrimonio una fuerza y una solidez especial, una unión tan estrecha de los cónyuges con Dios que, aunque subjetivamente sean infelices, sigue existiendo objetivamente como antes.

¿Qué hacer, entonces, si los problemas en el matrimonio no parecen tener solución? Sin duda, no existen soluciones generales y fáciles. ¡Cada matrimonio es único! Por eso, cada uno tiene que encontrar su propio camino. Sucede con frecuencia que, apoyándose en Dios, una persona desesperada saca fuerzas para

persistir, a pesar de todas las dificultades. Otras veces, la confianza en Dios proporcionará la claridad necesaria para descubrir que es forzoso tomar decisiones trascendentes. Sea como sea, en tales situaciones, en las que nos sentimos envueltos en una densa oscuridad, normalmente vemos inequívocamente que, en definitiva, ni el cónyuge ni ninguna otra persona, nos podrá llenar plenamente, sino sólo Dios.

Muchas personas vuelven a encontrar la paz interior en una intensa vida interior, que les da el valor de seguir aceptando al otro, de tomar sobre sí la miseria y hasta la culpa del otro cónyuge y de llevarla ante Dios. El propio cansancio y el fracaso quedan relegados a un segundo plano. Volvemos sobre lo que mencionamos al principio: el modelo del amor matrimonial para un cristiano es, ni más ni menos que ¡la entrega de Cristo en la cruz! Esto de ninguna manera significa que el matrimonio sea una cruz o una escuela de resignación. ¡El matrimonio puede proporcionar una gran felicidad! Pero sabemos que también es un camino de imitación de Cristo y, en esta vida, a Cristo se le encuentra frecuentemente en la cruz. Respecto al matrimonio, una persona puede imitar a Cristo en la disposición, por amor, hacia el sufrimiento. Fue *por amor* por lo que Cristo sufrió en la cruz. Además, lo hizo con plena libertad. A veces hay situaciones en un matrimonio que nos recuerdan extremadamente este *sufrimiento voluntario*.

En situaciones tan difíciles, solamente será posible aceptar al cónyuge con un amor fraterno de especial índole. No se puede afirmar la culpa, pero se puede llevar junto al otro y expiarla con él. Hay hombres y mujeres admirables que saben perdonar al cónyuge, cuando ha fallado. Aceptan su fracaso e inconstancia, y le hacen sentir siempre de nuevo, que ellos ven en él, *aquél* en el que *debe transformarse*. Así esperan que, poco a poco, su cónyuge desarrolle nuevas capacidades y mejore. No hay duda de que Dios estará siempre muy cerca de aquellos que, de esta manera, siguen siendo fieles al amor matrimonial, hasta el final,

aunque se hayan derrumbado muchas de sus esperanzas terrenas.

Existen situaciones que, sin duda, son muy duras y casi insoportables. Aquellas personas que sufren en ellas, merecen nuestra comprensión, nuestro apoyo, muchas veces hasta nuestra admiración. En cambio, es habitual murmurar de ellos y juzgarlos. Es una actitud errada y deberíamos esforzarnos seriamente por desterrar esta costumbre de la sociedad en que vivimos. Sólo entonces, estaremos colaborando de manera eficaz en construir la "civilización del amor" de la que al Santo Padre le gusta tanto hablar.

8. Rezar por el cónyuge

Existen, pues, un buen número de matrimonios infelices; esto es obvio. Pero también hay muchos que son tremendamente felices. Sea la que sea la situación en la que vivamos, los cristianos disponemos de un medio muy efectivo para ayudar a nuestra pareja. Algunos matrimonios han vuelto a descubrirlo después de muchos años. Me refiero a la oración por el otro.

En la oración encontramos sobre todo a Dios, pero de manera especial también a las demás personas. Cuando rezo por alguien lo veo a través de otros ojos, ya no con aquellos llenos de disgusto o desilusión, sino con los ojos de Dios. De esta manera vuelvo a llenarme de esperanza. Dejo aparte mis prejuicios y siento simpatía por el otro. Deseo hacerle justicia y, muchas veces, es precisamente en la oración en la que se me ocurre lo que puedo decirle o hacer por él.

Orar significa, en primer lugar, purificar el propio corazón, para que el otro verdaderamente pueda tener sitio en él. "¿Cómo incluir a alguien en mis oraciones, si no hay realmente un sitio para él: un sitio donde reina la libertad y el relajamiento? Si sigo teniendo prejuicios, celos y rencores, cualquiera que entre en ese recinto recibirá una herida"[\[5\]](#) . Tenemos que crear un lugar para los demás en nuestro interior. Tenemos que ofrecerles nuestro corazón

como lugar hospitalario, donde puedan encontrar refugio con todos sus temores y sus sufrimientos, y también sus alegrías, ideales y esperanzas.

Si conseguimos esto, será más fácil que los demás confíen en nosotros. A veces creemos poder disimular fácilmente nuestros sentimientos y pensamientos negativos. Tratamos de guardar las apariencias, ¡y luego nos asombramos que los demás sean tan desconfiados! La razón es muy simple: los demás suelen percibir con gran nitidez lo que pasa en nuestro interior. Notan si los aceptamos o los rechazamos, y actúan en consecuencia. De nuevo vemos la importancia de empezar por uno mismo, antes de exigir algo de los demás.

9. Consideraciones finales

Permítaseme unas últimas palabras: el flechazo quizá exista; pero el éxito de un matrimonio requiere esfuerzo. El matrimonio se desarrolla a través de procesos bellos, pero también difíciles, que forman parte del encuentro entre dos personas diferentes y únicas. Hay épocas duras de largas sequías que pueden entenderse como un reto para madurar juntos, aunque sea marchando por muchos caminos equivocados. Precisamente las dificultades representan para las dos personas una oportunidad de captar, cada vez de manera más profunda, de cuánto es capaz el amor, por supuesto, un amor que ve y no uno que se nutre sólo de ensueños.

Sin duda, el amor conyugal es un amor exclusivo, pero a la vez abarca a toda la humanidad. Es exclusivo, en cuanto que uno puede unirse con toda intensidad solamente a una única persona. Pero cuando amo *verdaderamente* a una sola persona, el corazón se hace amplio y me proporciona la facultad de dedicarme también a muchas otras más.

Los cónyuges más alegres suelen ser aquellos que no se centran exclusivamente en alcanzar su propia felicidad. No buscan constantemente su ventaja personal, ni persiguen metas dignas de personas aburguesadas, ni menos aún intentan labrarse su propio

idilio; antes desean compartir su felicidad y su amor con los demás: hijos, familiares, amigos, vecinos y compañeros de trabajo.

Así, pues, el matrimonio es una verdadera obra de arte del amor, que construyen, mejoran y renuevan el hombre y la mujer durante toda una vida: es una tarea que exige dedicación y esfuerzo. Esto nos lo recuerda la fe cristiana al comparar el amor conyugal con el sacrificio de Cristo en la cruz, a la vez que nos enseña que, precisamente así, llegaron al mundo la felicidad y la salvación. Sabemos llamados a imitar la vida de Cristo, a pesar de nuestras limitadas fuerzas, no se debe considerar como un impedimento, sino un honor: se nos da la oportunidad de contribuir a que las personas que nos rodean sean más felices y alcancen su fin eterno. Podemos estar completamente seguros de que, lo que cuenta al final de nuestra vida, no será nuestro dinero, ni el éxito. Lo que nos asegura una existencia real y eterna es el amor ofrecido y recibido; no tenemos nada más.

El feminismo, ¿destruye la familia?

Hace poco, leía un artículo en que, con gran profusión de palabras, se pretendía explicar, por qué el feminismo destruye la familia. Quedé un poco sorprendida y comencé a pensar en ello. ¿Realmente destruye el feminismo la familia? Sin querer, recordé un suceso que me ocurrió hace algún tiempo en Santiago de Chile. Me habían dicho que una persona, conocida como una enérgica feminista, quería discutir conmigo acerca del tema de la mujer. Se trataba de la fundadora y rectora de una universidad. Habíamos concertado una cita. Me preparé para una intensa discusión y, luego de unos días, acudí al encuentro con un cierto ánimo de ir a la ofensiva. Cuando entré al rectorado, me sorprendió ver que en la muralla colgaba una imagen grande de la Virgen. La rectora era una señora muy amable y bien arreglada. "Yo trabajo, con todas mis fuerzas, para que las mujeres puedan estudiar y obtengan puestos de trabajo", me dijo. "Sueño con un sueldo para las dueñas de casa y con la supresión de la pornografía. Me llaman feminista, porque devuelvo todas las cartas que recibo, dirigidas al

rector; porque esta universidad no tiene un rector, sino una rectora". Y, entonces, señaló sonriendo:

"Y no tengo nada contra los hombres. Estoy casada hace mucho tiempo y quiero a mi marido más que hace treinta años".

1. Una reflexión previa

Es evidente que un feminismo *así* no destruye la familia. Pienso incluso que es extremadamente favorable para la comunión de los esposos y para la familia misma, ya que devuelve a la mujer la dignidad que, en ciertas épocas y culturas, y parcialmente en la actualidad, le ha sido y le es negada. Sí, esto ocurre también hoy, no es ideología, ni exageración. No necesitamos pensar en las mujeres cubiertas por un velo de Arabia Saudita, ni al pueblo africano de los Lyélas, que consideran a las mujeres como la parte más importante de la herencia. Por ejemplo, una de las fórmulas con que un hombre constituye a su hijo mayor como su heredero dice: "Te entrego mi tierra y mis mujeres"[6]. No podemos tampoco juzgar con altanería el rapto de las novias de la aguerrida Esparta[7], ni lamentarnos de la llamada oscura Edad Media, que, por cierto, no fue una época tan hostil para la mujer[8]. Como se ha dicho, no necesitamos ir tan lejos. Basta mirar a Europa ¿Se respeta a la mujer en la sociedad, en las familias? También hoy día se la considera, en innumerables avisos publicitarios, en el cine, en revistas del corazón y en conversaciones de sobremesa, como un ser no muy capaz intelectualmente, como un elemento de decoración y de exhibición, tan sólo como un objeto de deseo masculino.

Su dedicación a la casa y su familia no se valora, ni se apoya como se debía. ¿No ocurre con cierta frecuencia que un *hijo*, sólo porque es varón, después de un succulento almuerzo dominical, se sienta frente al televisor junto a su padre, mientras las *hijas* "desaparecen", junto con su madre en dirección a la cocina? ¿O que una joven madre, que trabaja fuera de la casa, se las tenga que arreglar sola con las labores domésticas y más encima sea enjuiciada, pues no se preocupa lo suficiente de su marido —que

trabaja a tiempo parcial— y de sus hijos, y que además sea criticada por no tener la casa limpia? ¡Cuántas mujeres casadas, que carecen de ingresos propios deben mendigar de sus maridos un poco de dinero y no tienen acceso a la cuenta bancaria, ni participación en las decisiones pecuniarias de la propia familia! Concedo que estas cuestiones pueden ser superficiales; sin embargo, demuestran cuánta —o cuán poca— comprensión y cariño reciben las mujeres en una situación difícil.

Existe pues una promoción de la mujer que es absolutamente razonable y conveniente. Su finalidad consiste en que los derechos humanos no sólo sean derechos de los varones, sino que ambos, tanto el hombre, como la mujer, sean aceptados en su ser-persona. También se esfuerza por considerar a cada ser humano en su propia individualidad, sin colocar clichés a nadie. Y esto es válido *en todo sentido*. Hoy en día nadie duda que la mujer pueda dominar la técnica más complicada. Pero ello no significa que todas las mujeres deban ser técnicas y que gocen con las computadoras. Según un nuevo dogma: "La mujer emancipada es gerente de empresa, arquitecto o empleada en una oficina; de todas maneras, trabaja fuera de la casa". Sin embargo, si la emancipación es entendida como un proceso de madurez conseguido, ¿por qué la mujer "emancipada" no puede ser madre de una familia numerosa? Cuando una mujer prefiere preparar un pastel, tejer chalecos, jugar con los niños y procura hacer de su casa un hogar agradable, no quiere decir que ella se haya resignado a asumir el rol que se le asignó en el s. XIX. Significa simplemente que, para ella, estas actividades son más importantes que para quienes la critican. En principio, no se trata de *lo que* una persona hace, sino de *cómo* lo hace.

Ni el trabajo fuera de la casa, ni la familia son, en sí, soluciones a problemas personales o sociales; ambos conllevan ventajas y también riesgos. Así, es posible que una mujer profesional, debido a la creciente especialización de su trabajo, se le vaya empujando su campo de acción, mientras que una dueña de casa, al tener que enfrentarse a los más diversos trabajos,

adquiera una visión más amplia. En su vida profesional, la mujer está expuesta a los mismos riesgos que el hombre —deseo desmedido de hacer carrera, afán exclusivo de poder...—, incluso más que él, pues se le pone a prueba y enjuicia más duramente.

No quiero de ninguna manera proponer que la mujer debe volver a ocuparse exclusivamente de las tareas del hogar. Pienso solamente que se debe dar, a cada mujer, la posibilidad de decidir libremente lo que ella considera como bueno, sin iniciar permanentemente nuevas polémicas.

Se ha discutido mucho acerca de si las mujeres son diferentes a los hombres y en qué lo son. Primero, hay que considerar que cada ser humano es distinto de los otros. Cada uno debe tener la oportunidad de desarrollarse libremente, de ser feliz y de hacer felices a los demás —por diferentes caminos, da lo mismo en qué estado o profesión—. Desde una perspectiva histórica y social, algunas veces, a las mujeres esto les ha sido más difícil que a los hombres. Es por ello, que se les debe ayudar más a vivir de acuerdo con su convicción personal. Esta es la finalidad de un feminismo que podemos denominar *auténtico, razonable o libertario*. Puesto que pretendo unir la verdadera promoción de la mujer con la fe cristiana, me gustaría hablar de "feminismo cristiano". Nos referiremos más adelante a él.

2. El feminismo radical

Existe otro tipo de feminismo, que se ha extendido mucho en los países occidentales, es denominado, con frecuencia, feminismo *radical* o *extremo*. Me parece que este tipo de feminismo, por lo menos como se presenta a sí mismo, ha sobrepasado su momento culminante. Su enorme influencia ha tenido un devastador efecto, que se deja ver en todos los ámbitos. Conocemos de sobra lo que se ha dicho acerca del *mito de la maternidad*, que debe ser destruido, o del macho, que la mujer debe desterrar. En algunas de sus afirmaciones, las feministas han traspasado con mucho el límite de lo absurdo.

La filósofa francesa Simone de Beauvoir es considerada la precursora del feminismo radical[9]. Su monografía "Le Deuxième Sexe" ("El otro sexo"), publicada por primera vez en 1949, es denominada con frecuencia la *biblia del feminismo*[10]. En ella, Beauvoir postula, por primera vez y con gran agudeza intelectual, la igualdad de los sexos. Con ello, da un nuevo impulso al movimiento feminista occidental, que —hace ya tiempo— va más allá de intentar lograr el mejoramiento de la situación jurídica de la mujer y de promover su acceso a la formación escolar, universitaria y profesional.

En aquella obra, la filósofa comienza esbozando su propia posición ideológica. "Nuestra perspectiva es la de la ética existencialista" [11], declara. Y continúa "Es la de Heidegger, Merleau-Ponty y Sartre"[12] (su conviviente). El "existencialismo", tomado del título de un libro de Sartre, es una negación consciente de toda reflexión que parta de la esencia o naturaleza. No hay "una naturaleza humana —dice Sartre— pues no hay Dios que la hubiese podido diseñar"[13]. Sartre se refiere a la libertad creadora del hombre, que le capacita para hacer de sí mismo lo que él quiere y que no es limitada por ninguna "esencia" o "naturaleza"[14]

Simone de Beauvoir intenta traspasar el existencialismo ateo[15] de Sartre a la existencia femenina[16]. Para ella, el hombre tampoco es un "ser dado" o una "realidad fija", sino "una idea histórica", "una continua transformación"[17]. En consecuencia, en la ética de Beauvoir, toda forma de "quietud" o "pasividad" sólo puede considerarse como un gran mal[18]. Sin embargo, es precisamente esa la actitud a la cual los hombres han obligado continuamente a las mujeres. Ya desde los nómadas, la tierra ha pertenecido al varón[19], dice Beauvoir, pues éste ha sabido influir en el mundo con ocupaciones que iban "más allá de su ser animal". Para cazar y pescar, construyó utensilios, se puso metas y abrió caminos. Continuamente se superó y emprendió el camino hacia el futuro[20]. Añade: el privilegio del varón consiste en que "su vocación como persona con destino no contrasta con su ser varón"[21]. Sin embargo, en la mujer sucede algo distinto. Hasta

hoy, a las mujeres se les ha impedido intervenir de manera creativa en la sociedad. Las mujeres han sido "aisladas" y ahora se encuentran marginadas[22]. Permanecen toda su vida encerradas y la culpa de todo, la tienen el matrimonio tradicional (con la división del trabajo según el sexo) y, sobre todo, la maternidad.

En toda la obra de Beauvoir está presente un tema dominante: la de quitar todo valor al matrimonio y la familia. A este respecto señala que, "sin duda alguna, dar a luz y amamantar no son actividades sino funciones naturales y no está en juego ningún proyecto personal. Por eso, la mujer no puede encontrar en ello ninguna razón para una alegre afirmación de su existencia"[23]. Durante siglos, la mujer se ha contentado con llevar una "vida relativa", dedicada al marido y a los hijos. "En realidad —continúa—, para el hombre, ella es sólo una distracción, un objeto, un bien poco importante. El varón es el sentido y la justificación de su existencia"[24]. El varón, por su parte, ha consolidado su supremacía a través de la creación de mitos e instituciones.

Por medio de muchos ejemplos de la literatura y la cultura, Beauvoir analiza el mito de la mujer, tal y como lo han inventado los varones para sus propósitos y concluye que "es tan irrisorio, contradictorio y confuso que no se halla unidad alguna: como Dalila y Judit, Aspacia y Lucrecia, Pandora y Atena, la mujer es siempre la tentadora Eva y la Virgen María a la vez. Es ídolo y esclava, fuente de vida y puerta de los infiernos; es el silencioso original de la misma verdad, al mismo tiempo falsa, locuaz, mentirosa; es bruja y terapeuta; es presa del varón y su perdición; es todo lo que él no es y desea poseer, su negación y su fundamento existencial"[25], es, precisamente, el "otro" sexo.

Beauvoir se opone a todas estas afirmaciones, pues señala que las mujeres no son ni ángeles, ni demonios, ni esfinges, sino seres humanos dotados de razón[26]. Su proximidad a la naturaleza — que significa una limitación radical de su potencial humano— es exigida y también temida por el hombre. Aunque las mujeres no pueden negar ni ignorar su propio cuerpo, éste no determina para

nada su libertad existencial. Indudablemente, en la filosofía de Simone de Beauvoir, hay razonamientos acertados; pero se puede descubrir a la vez un gran empobrecimiento ideológico. Ello se aprecia claramente si consideramos su conocido aforismo, "No naces mujer, te hacen mujer"[27], completado más tarde por la lógica conclusión "¡No se nace varón, te hacen varón! Y tampoco la condición de varón es una realidad dada desde un principio"[28]

La mujer constituye para Beauvoir un "producto de la civilización" [29]. Ella "no es la víctima de un destino misterioso e ineludible" [30], sino la de una situación muy concreta y corregible, en la cual el "mito de la maternidad" siempre ha servido a los varones como pretexto para motivar a las mujeres a realizar sus quehaceres domésticos[31]. La mujer, por su parte, se ha resignado durante mucho tiempo ante su situación. "Al no querer que una parte de sí se ha convertido en negación, suciedad y malignidad, el ama de casa maniática se encoleriza contra el polvo y exige un destino que a ella misma le exaspera"[32]. En su desesperación intenta inútilmente introducir al hombre en la cárcel de su pequeño mundo, bien como madre, esposa, amante "permanente", parásita[33] o carcelera[34]. El hombre trata a la mujer como su esclava y la persuade a la vez de que sea su reina[35]. Hoy, sin embargo, la lucha se muestra de otra manera, "en lugar de que la mujer pretenda llevarse al hombre a su cárcel, lo que hará es intentar salir de ella. Ya no pretende quedarse en la región de la inmanencia"[36]. El hombre hace bien en ayudar en la emancipación de la mujer, pues librándola a ella, se libera él mismo[37]

¿Cómo tiene que ser la emancipación? Para Simone de Beauvoir, no cabe duda que las "cadenas" o "ataduras de la naturaleza" deben ser rotas. La filósofa existencialista traza una ética radical[38], que intenta desenmascarar el matrimonio[39], la maternidad[40], la prohibición del aborto[41] y del divorcio[42], como "medidas coercitivas de las sociedades patriarcales"[43], que dejan a las mujeres en dependencia de los varones. Según sus propias palabras, las mujeres han decidido "protegerse" de la

maternidad y del matrimonio[44]: "lamento la esclavitud que se impone a la mujer con los hijos... Como otras muchas feministas, también estoy a favor de que se suprima la familia"[45] dice explícitamente. Además, simpatiza con la inseminación artificial[46], las relaciones lesbianas[47] y la eutanasia[48]. Para la filósofa existencialista, el remedio para salir de la dependencia es la actividad profesional de la mujer[49], con la cual se puede alcanzar "una plena igualdad económica y social"[50] entre los dos sexos.

Hoy en día, innumerables mujeres parten de estos principios, y algunas de las feministas posteriores a Beauvoir superan con mucho las exigencias de la famosa protagonista. En su obra mundialmente conocida, "The Feminin Mystique"[51], Betty Friedan —fundadora del movimiento feminista americano de los años sesenta— "critica con gran vehemencia el que la mujer se vea obligada a "la realización de su feminidad"[52] únicamente en el matrimonio, en la familia y en el trabajo doméstico, y que se le impida desarrollarse intelectualmente[53]. De la misma manera, la americana Kate Millet recurre en su libro "Sexual Politics"[54] lo señalado en "Le Deuxième Sexe": "La mujer aún es indispensable para la concepción, la gestación y el nacimiento de un niño, pero no tiene otra atadura u obligación especial con respecto a él". Finalmente, el objetivo del feminismo de Shulamith Firestone —la más radical de este grupo— es destruir todas las estructuras más importantes de la sociedad[55]. En "The Dialectic Sex", propone liberar a la mujer de la "tiranía de la procreación"[56], a cualquier precio. "Lo quiero decir muy claramente: el embarazo es una barbaridad"[57], señala.

La periodista Alice Schwarzer es una de las pocas figuras sobresalientes del feminismo alemán. Después de su larga estancia en París, comenzó su labor, organizando, a principios de los años setenta, la campaña pro-aborto en Alemania[58]. En 1975, lanzó un *bestseller*[59] al mercado y se destacó, finalmente, como editora de la primera revista feminista, "Emma". Su lenguaje frívolo, la exposición de problemas humanos, la eliminación de los tabúes

relativos a las normas morales, junto con algunas hipótesis racionales, no constituye una mezcla nueva; no obstante, aplicada exclusivamente a la cuestión femenina, se transforma en un asunto de carácter político.

Aunque Alice Schwarzer subraya una y otra vez su admiración por Simone de Beauvoir[60] —a la que conoció en París personalmente—, es aún más radical en la aplicación de las ideas feministas. Difunde las tesis contenidas en "Le Deuxième Sexe" y las planteadas por el movimiento feminista norteamericano. Más, en último término, para ella no se trata de la cuestión teórica de la igualdad de los sexos, sino de determinar de qué modo la mujer, siendo más valiosa y digna de ser amada que el hombre, puede huir del dominio masculino. Según ella, el poder masculino es el único factor que condiciona actualmente la relación hombre-mujer, y sólo puede ser destruido por un poder femenino[61]. El varón es, para ella, el enemigo al que reprocha una larga lista de pecados. La autora expresa: "Por eso, todo intento de una liberación de la mujer tendrá que dirigirse contra los privilegios del varón, tanto a nivel colectivo, como a nivel personal. Eso quiere decir que hay que luchar también contra el propio marido"[62]. Llama a todas las mujeres para que manifiesten su poder y se nieguen a sus maridos, rehúsen "la heterosexualidad" que ha pasado a ser "un dogma"[63] y se interesen por la bi- y la homosexualidad. En suma, Schwarzer concibe el poder sexual como un poder político, intenta iniciar una revolución en las relaciones hombre-mujer, de la cual surgirá una mujer liberada del poder masculino. Esta mujer podrá actuar positivamente en la sociedad.

Schwarzer crítica la "ideología del hijo propio" y lucha contra todos los lazos existentes entre madre e hijo. Según ella, tales lazos sirven únicamente para proteger los últimos baluartes de una sociedad para varones[64]. La tarea educativa debe realizarse, en gran parte, por el colectivo; el trabajo doméstico tiene que ser industrializado. Eso significa que debe existir un número suficiente de guarderías y de jardines infantiles, abiertas durante las veinticuatro horas y donde trabajen mujeres y varones.[65]

Para la feminista norteamericana Mary Daly, todo lo masculino es objeto del juicio más despiadado, casi de la maldición universal. En su exitoso libro, aparecido en 1978[66], la autora pasa revista a todas las atrocidades que los hombres han cometido contra las mujeres desde el comienzo de los tiempos. La autora contrasta la maldad masculina, "contaminante", "ponzoñosa" y "destructora", y contrapone a ella la "pureza elemental" de las mujeres. M. Daly exagera tanto las ideas de "Le Deuxième Sexe", que realmente ya no se las puede tomar en serio.

Desde hace algún tiempo, el intento de liberarse de las "cadenas de la naturaleza" no es la única preocupación del feminismo radical. Desde ciertos ambientes ecologistas y desde el llamado "feminismo cultural" de Norteamérica han surgido nuevas tendencias. Mientras un grupo de feministas continúa negando las diferencias fundamentales entre mujeres y hombres, otro grupo ha comenzado a "celebrarlas". Actualmente, dentro del feminismo, se plantea cada día con más fuerza, que la identificación de lo femenino con la naturaleza, la corporeidad, la sensibilidad y la voluptuosidad no es ningún "maldito prejuicio masculino". Por el contrario, todo lo emocional, vital y sensual ha pasado a ser la esperanza para un futuro mejor. Después de que la racionalidad y el despotismo masculinos han conducido a la humanidad al borde del desastre ecológico y la han expuesto al peligro de la destrucción nuclear, ha llegado la hora de la mujer. La salvación se puede esperar solamente de lo ilógico, de lo instintivo, de lo afable y apacible, tal como se encuentra encarnado en la mujer.[67]

Después de que, durante décadas, el deseo de tener hijos fue reprimido y negado, ahora es redescubierto, por algunos grupos feministas[68] como una "necesidad femenina" pura[69]. Esto puede ser una reacción al esfuerzo de la emancipación entendida, con demasiada frecuencia, como una acomodación a los valores masculinos y a la competitividad.

Por supuesto, el deseo de tener hijos no significa un retorno al matrimonio y a la familia burgueses. Las feministas se interesan

poco por la realidad social de las mujeres, lo que les preocupa son la vida de la mujer, el cuerpo femenino y las experiencias de dar a luz y de amamantar. "Son las mujeres las que tendrán que liberar la tierra y lo harán, porque viven en una mayor armonía con la naturaleza"[70], esta es la más conocida de las tesis propuestas. A ella se opone ahora, con renovado ímpetu, la teoría igualitaria, que continúa la línea de pensamiento inaugurada por Simone de Beauvoir[71]. Así llegamos otra vez al comienzo de nuestras reflexiones.

3. Las familias patchwork

Cuando se leen los manifiestos feministas, se podría concluir lisa y llanamente que el feminismo radical destruye la familia. ¡Ese es su objetivo declarado! Sin embargo, las cosas no son tan simples como parecen. También hay que matizar esta afirmación.

Si miramos a nuestro alrededor, podemos comprobar que, a pesar de todo, subsiste la vida familiar. Por ejemplo, cerca de un 75% de los europeos pasan sus vacaciones en familia. En los *campings* y lugares de vacaciones se observa que es frecuente que varias generaciones salgan juntas para descansar. Pese a todas las advertencias de Simone de Beauvoir y de Alice Schwarzer, y al deseo creciente de hacer carrera y de ganar dinero, vemos, en todas partes, como las parejas forman una familia y traen niños al mundo. A pesar de que, según dicen, permanecer solo conduce a la *autorrealización*, la *mayoría* de las personas insisten en reunirse en torno a una familia.

Actualmente un sector del feminismo se permite incluso alabar a la familia. La argentina Ester Vilar señala que, si existiera completa igualdad, la mujer saldría por la noche menos que el hombre. Esto no le parece nada mal, pues explica "que una persona sea mucho más feliz tomándose una cerveza en un bar lleno de humo que velando el sueño de su hijo pequeño en un hogar tranquilo, aún está por demostrarse"[72]. Y Christiane Collange, una de las más connotadas feministas francesas sorprende al decir: "Me dan pena las mujeres que no saben la tranquilidad que da quedarse una

tarde en la casa, sin hacer nada y disfrutando con su hijo. No hay ninguna otra sociedad que nos brinde tanta alegría de vivir como la familia"[73].

Una feminista de Berlín, Barbara Sichtermann, opina que la mujer no debe continuar orientándose de acuerdo al varón, como ha sido hasta ahora la propuesta de la emancipación. No conviene poner al varón como ideal. Iguales derechos para ambos sexos es algo tan indispensable como insuficiente. "La posición del varón en la sociedad no puede ser un modelo para el sexo femenino; primero, porque el mundo de los hombres, tal como funciona —o como no funciona— deja mucho que desear; segundo, porque las mujeres emancipadas no son semi-varones, ni quieren serlo"[74]

Es interesante como Sichtermann pone de relieve la disposición de las mujeres de estar-ahí para otros. Señala que se trata de "una virtud clásica femenina", cuyo exceso debe evitarse, pero "cuya esencia debe ser guardada y propagada"[75].

Sichtermann exige que "el cuidar de otros", sea apreciado en todo su valor, especialmente cuando no es remunerado. "Nuestra civilización ha creado un clima ético en el que todo el que hace algo gratis, es considerado un tonto. Aún así, sería errado suponer que el respeto por la víctima se ha extinguido completamente. Sólo carece de un lenguaje... Todo esto es un problema cultural y psicológico social, que sólo puede ser resuelto donde ha comenzado: no mediante transformaciones en el mercado laboral, ni en el Estado, sino en las relaciones interpersonales, que se sustraen tanto a las reglas que rigen el mercado, como a las que rigen el Estado"[76].

El trabajo doméstico es uno de los campos en que ese *ser-para-otros*, esa preocupación por las necesidades inmediatas, tiene mayor relevancia. Sichtermann no se refiere a su efecto "limitante", "opresivo" o "enfermante", sino que lo presenta como una alternativa frente a la vida profesional agotadora y programada. Se trata de un ámbito que se puede organizar como se quiera; aquí se puede ser simplemente persona[77]. Después de todo, cada ser

humano anhela tener una "vida personal no económica", una vida privada. Este deseo se puede reprimir temporalmente, pero nunca se extingue por completo. Por lo demás, las mujeres han adquirido suficiente experiencia fuera del hogar, como para poder admitir, con sinceridad, que la exclusiva vida profesional no aporta, por sí sola, la felicidad. "Las dueñas de casa hacen muy bien cuando se niegan a acudir a la fábrica; ciertamente lo pagan con su dependencia del marido, pero ésta es siempre mejor que la dependencia de un jefe"[78].

Puede ocurrir —continúa Sichtermand en tono provocativo— que las mujeres dependan del sueldo de su marido. Pero, por otra parte, los hombres dependen de sus mujeres, en un sentido mucho más profundo, precisamente porque todo ser humano necesita un hogar, cuya creación se le ha asignado, durante siglos, a la mujer[79]. La protección de ese hogar debe ser tomada en cuenta por la política feminista, tanto como "el deseo, igualmente fuerte en ambos sexos, de reconocimiento profesional"[80].

Hasta aquí el debate sobre la emancipación. Hoy en día, en amplios sectores de la sociedad, no solamente se habla de una "nueva maternidad", sino también de una vida familiar agradable, de seguridad y de apoyo moral. Sin embargo, esa familia que anhela el movimiento feminista, nada tiene que ver con la familia tradicional y mucho menos con la familia cristiana. Comúnmente es denominada "*familia-patchwork*", "familia de remiendos, de parches" o familia ensamblada. La imagen del *patchwork*, de una colcha hecha de trozos de telas muy diversas, es el ejemplo perfecto de esta nueva comunidad de personas, en que se reúnen padres e hijos de familias anteriores. Cuando una familia ya "no funciona más", se va cada uno por su lado, los padres se separan, se llevan a algunos hijos consigo e intentan con otra pareja un nuevo *patchwork*. Los remiendos se pueden separar y coser nuevamente, en un modelo diferente, cuando y como se desee.

Nos referimos a un tema muy doloroso y que, por tanto, no se puede tratar superficialmente. Cada uno conoce muchos casos

parecidos. Todos sabemos cuánta penuria —de la que se prefiere no hablar—, cuánto sufrimiento se oculta en una situación como la descrita. ¿Quién puede dejar al padre o a la madre de sus hijos, después de años de vida en común, sin experimentar una ruptura en su vida, sin sentirse fracasado, sin dudas, ni remordimientos? Sin duda, quienes más sufren son los hijos. Hay que pensar en qué conflicto permanente se encuentran, cuando tienen que elegir entre sus padres "biológicos" y los "escogidos". Hace poco, me contó una conocida mía: "Mi hijo vive con su tercera mujer. Hasta ahora, todas sus relaciones sólo han durado unos cuantos años. De su primera pareja, tiene sólo una hija pequeña. La segunda trajo dos niños al matrimonio, de los cuales él se preocupó como un verdadero padre. A veces, yo tenía la sensación de que mi hijo los quería más que a su propia hija. Mis dos nietas políticas estaban muy tristes cuando mi hijo y mi nuera se separaron. Él ya tiene un bebé de su actual novia y quieren casarse pronto. Esto significa que pronto tendré un solo hijo y tres nueras".

No nos corresponde juzgar. No tenemos derecho a hacerlo y, como espectador, se puede ser muy duro y caer fácilmente en la altanería. Queremos conocer únicamente el motivo del cambio de valores, que se viene observando en las últimas décadas. ¿No es cierto que *el feminismo radical ha jugado un papel decisivo en la destrucción de la familia burguesa y tradicional?* Yo diría que sí. Este ha sido uno de sus objetivos declarados y lo ha logrado en amplios sectores de la sociedad. Por una parte, ha llevado la lucha de clases a la relación entre el hombre y la mujer; por otra parte, ha creado un nuevo concepto de familia abierta ridiculizando al *antiguo* como ridículo. En un proyecto de ley presentado en Finlandia, se pretendía definir la familia como "el grupo de personas que utiliza el mismo refrigerador"[\[81\]](#). El desprecio por todas las formas tradicionales de vida queda de manifiesto en un informe de Christiane Collange: "¿La familia unida, en armonía, sin divorcios, ni separaciones, de la que se nos habla continuamente para que nos avergoncemos de nuestra vida sin ataduras? ¿Cuánta frustración y fracaso se esconde detrás de la respetable fachada? ¡Cuánta mentira y traición en nombre de la indisolubilidad

del matrimonio! No añoro la época de los padres 'estrictos pero justos', ni los de las santas madres de mirada triste. Prefiero los padres de hoy, que no son ni tan gallinas como se piensa, ni tan gallitos como antes. También me gustan nuestras supermadres, que siempre tienen prisa, pero se sienten bien en su piel. Prefiero los jeans de fines del siglo XX, que el cuello de encaje de sus comienzos"[82]. ¡Por cierto, yo también los prefiero!

Es evidente que no se trata de volver a la familia burguesa. No es esta la respuesta adecuada a las inquietudes de nuestros contemporáneos. ¡No se puede responder a los desafíos actuales con provincianismo! Hemos de demostrar que es mucho más atractivo que un hombre y una mujer se amen y sean un apoyo el uno para el otro, a que se combatan en una guerra sin vencedores, ni vencidos. Asimismo, hemos de mostrar que el matrimonio, como *comunidad indisoluble*, es la mejor garantía para la felicidad de una familia. Pienso que el testimonio de los cristianos es especialmente importante en este punto, no porque ellos sean mejores que los demás, sino porque en su fe encuentran el apoyo y la ayuda necesarios para superar los obstáculos y hacer frente a los desafíos de nuestro tiempo.

A continuación quiero resumir esquemáticamente qué respuestas puede ofrecer un feminismo de orientación cristiana para las situaciones mencionadas.

4. El feminismo cristiano

Es preciso hacer una observación previa: Todo cristiano —hombre o mujer— debe ser hoy más consciente de que nunca de que no es posible vivir coherentemente dejándose llevar por lo que nos rodea, todo lo que se nos exige y se nos ofrece. En esta tensión en que vivimos, entre valores reales, valores aparentes y contravalores, resulta fácil perder la orientación. Por ello, necesitamos guardar una distancia reflexiva, para descubrir una dimensión más profunda de la vida y tener, a veces, la valentía de contradecir el espíritu de la época. A lo largo de la historia, los cristianos nunca se han rendido, ni siquiera cuando han ocupado

posiciones aparentemente perdidas. A pesar de todas las afirmaciones contrarias, el mensaje cristiano sigue siendo atractivo y, desde esta perspectiva, la mujer puede hacer un enfoque muy actual y positivo de su situación existencial.

Pienso que, *precisamente*, cuando se tiene una motivación cristiana, se puede trabajar por una promoción de la mujer, llena de sentido, pues la emancipación, entendida como libertad, independencia y madurez interior se alcanza plenamente por la fe en Cristo. Es Él quien nos libera de prejuicios y clichés, de tradiciones represivas, de costumbres y formas de vida que se han hecho muy estrechas. Pero, sobre todo, es Él quien nos libera del pecado y de la culpa, que nos pueden corroer y destruir mucho más que los acontecimientos externos. A Él le podemos confiar todas las cargas que nos hacen sufrir y nos apesadumbran interiormente, que nos desmoralizan y nos desaniman. Sabemos que somos aceptados y amados por Él, pese a todas nuestras debilidades, errores y limitaciones. De Él recibimos siempre la fuerza para recomenzar y la gracia para ser valientes y enfrentar las dificultades.

4. 1. Aceptarse a uno mismo

Una persona que se sabe querida sin reservas por su Padre Dios, puede aceptarse a sí misma. Tal vez la falta de aceptación sea el problema principal del feminismo, también en su modalidad de la *nueva maternidad*. Porque si yo me acepto a mí misma, debo aceptar mis limitaciones, mis debilidades y los errores que cometo. Además, tengo que reconocer que no toda la bienaventuranza del mundo proviene de mí. En lo que concierne a la *ideología de la igualdad*, esto es aún más claro. El *querer-ser-como-el-hombre* ha conducido a muchas mujeres a grandes tensiones y a la frustración, incluso hasta a enfermar psíquicamente, pues sólo puede tener una personalidad equilibrada, quien vive en paz con su propio cuerpo.

Normalmente, para los cristianos no resulta difícil responder afirmativamente a su corporeidad, puesto que, para ellos, no existe la casualidad o el destino ciego, sino la sabia —aunque no siempre comprensible— y bondadosa Providencia. Dios manifestó su voluntad cuando creó al hombre y a la mujer. Hizo la naturaleza humana de un modo maravilloso en sus dos facetas, y dio a cada sexo abundancia de talentos y cualidades. Quien acepta esto, puede estar tranquilo, pues comprende que una rebelión contra su propia naturaleza es, en el fondo, una rebelión contra el mismo Creador.

La liberación de la mujer no puede reducirse a una mera equiparación con el hombre. Tenemos que aspirar a algo mucho más valioso y beneficioso; pero también más arduo: la aceptación de la mujer en su propia manera de ser, en su ser mujer, único e irrepetible. La finalidad de la emancipación es sustraerse a la manipulación, no convertirse en una copia, sino ser un original. Poco ayuda entender la emancipación siguiendo los modelos que nos presenta el feminismo extremista, en que no existe la disposición a enfrentarse consigo misma y se tiende a interpretar la propia debilidad como represión. Precisamente la resistencia a tales tendencias garantiza la propia libertad. La verdadera promoción de la mujer no la libera de su propia identidad, sino que la conduce a ella.

¿Qué significa ser "hombre" o ser "mujer"? ¿En qué se diferencian los dos sexos? En la historia de la humanidad, no se han planteado sobre esta materia sólo ideas sensatas y constructivas. Actualmente es frecuente burlarse de los hombres, atribuyéndoles características que no son más que prejuicios superficiales. Otras veces —con bastante más frecuencia—, son las mujeres a quienes se les atribuyen ciertos clichés y se humillan, en la teoría y en la práctica. La verdad es que cada sexo tiene rasgos que le caracterizan; cada uno es superior al otro en un determinado ámbito. Naturalmente, el hombre y la mujer no se diferencian en el grado de sus cualidades intelectuales o morales; pero, sí, en un aspecto ontológico elemental, como es la posibilidad de ser padre

o madre y en aquellas capacidades que de ello se derivan. Es sorprendente que un hecho tan simple como éste haya causado tantos extravíos y confusiones.

4. 2. La maternidad como don

Como madre, la mujer es llamada a ser "lugar" donde se efectúa el acto de la creación divina, pues cuando surge una nueva vida, los padres cooperan de un modo inefable con Dios. El nuevo ser humano es confiado a la mujer antes que al hombre, para que ella —primero dentro de sí— le acoja, le proteja y alimente. Es verdad que el embarazo no está exento de esfuerzo y agotamiento; sin embargo, ¿no demuestra una predilección especial hacia la mujer que ella pueda experimentar el amor creador de Dios incluso en lo más íntimo de su misma corporeidad? Sólo desde una perspectiva muy superficial y en la que se ha perdido el sentido de lo esencial, se puede sostener que la maternidad disminuye o perjudica a la mujer, que, como madre, la mujer es inferior o tiene desventajas. Desde un punto de vista cristiano, se puede decir todo lo contrario, puesto que, debido precisamente a su maternidad, a la mujer le corresponde una "precedencia específica sobre el hombre"[\[83\]](#), como ha señalado el Papa Juan Pablo II.

No por eso, la mujer debe quedar "encerrada en la casa", "condenada a un trabajo de esclavos", aunque algunos grupos feministas lo dan por demostrado. Es cierto que a bastantes mujeres, el nacimiento de un hijo les supone una carga, en parte por la poca comprensión de los demás y, en parte, debido a estructuras -sociales injustas. Sin embargo, éstas son *.consecuencias del pecado*, no circunstancias que necesariamente acompañen la maternidad. No pueden ser motivo para negar la vida a un nuevo ser humano, sino que esas estructuras injustas deben desaparecer. Este es, en todas las sociedades, uno de los desafíos más urgente para los cristianos.

Cuando una mujer acepta ser madre, puede seguir a Cristo, de una manera que no es espectacular, pero sí muy íntima. Puede dar

testimonio de "la bondad y la amistad de Dios con los hombres" [84], formar un hogar, transmitir valores culturales y religiosos. En esta labor, se enfrentará a la realidad de que a Cristo se le encuentra muchas veces en la cruz, a la vez que reconocerá que, desde su lugar, está llamada a trabajar activamente en la expansión del Reino de Dios. De ninguna manera es deseable que viva "encerrada" entre cuatro paredes. Dependiendo de las circunstancias familiares y de su situación personal, puede incluso ser su deber, colaborar en la sociedad también a través de su labor profesional y abrir su casa a muchas otras personas. Evidentemente, la primera y principal ocupación y preocupación de los padres es el bienestar de la propia familia. Sin embargo, el abrirse a los demás, el salir de su propio yo, no es contradictorio con la preocupación primaria por la familia. Muy por el contrario, en una familia abierta, acogedora y hospitalaria se crea un ambiente en que se aprende a vivir la solidaridad y a compartir lo que se tiene, en que se destierra el egoísmo y se dispone a convivir con los demás.

La maternidad no puede ser reducida a su aspecto físico. En un sentido espiritual, todas las mujeres están llamadas, de alguna manera, a ser madres. ¿Qué es sino salir del anonimato, escuchar a los demás, compartir sus anhelos y preocupaciones y, con frecuencia, hacerles receptivos a la gracia de Dios? Los pensadores cristianos se han referido muchas veces a esta maternidad espiritual, que tiene muy poco que ver con la idea protectora, sensiblera y blandengue, que tanto alaba un sector del feminismo radical. La maternidad espiritual difiere con mucho de aquella visión biológico-materialista. Al contrario, caracteriza la capacidad de amar con fortaleza, descubriendo y fomentando lo individual en la masa [85]. Como dice Juan Pablo II, "Dios ha confiado al hombre de un modo especial a la mujer" [86]. La maternidad espiritual no sólo expresa cualidades del corazón, sino también del entendimiento, y no sólo exige una constitución natural, sino también formación. Se refiere a la mujer dotada de espíritu, y no a aquella caricatura que, en el fondo, sólo gira alrededor de las propias necesidades fisiológicas.

A una mujer sencilla, normalmente no le cuesta acercarse a los demás. Su sentido de lo concreto, de la realidad que le rodea, y su sensibilidad ante las necesidades de los otros son de mucha utilidad. Tiene un gran talento para la solidaridad y la amistad, así como para transmitir la fe de un modo práctico. ¿Por qué negar estas cualidades, en vez de ser agradecida y hacer así la vida más amable y agradable a los demás? Edith Stein hace una reflexión interesante al respecto: "Cuando alguien se da cuenta de que, en su lugar de trabajo —allí donde cada uno se encuentra en peligro de convertirse en una máquina—, se espera de él verdadera cooperación y creatividad, conservará algo vivo en su corazón, o despertará a algo que, de otra forma, se atrofiaría"[87].

Aquí se ve con claridad cuánto bien puede hacer un cristiano en medio del mundo. Contribuir a formar un ambiente en el que las personas se sientan a gusto, es una tarea que vale la pena. La mujer —por ser cristiana— tiene el papel decisivo de dar testimonio del amor de Dios, a cada persona en particular. A ella se le pide que transmita a los demás la firme convicción de que Dios toma en serio a cada uno y que su vida es muy valiosa.

4. 3. El matrimonio como vocación divina

Con la luz de la fe, una persona no sólo reconoce en sí misma la posibilidad de ser madre o padre (también en sentido espiritual), sino que ve el matrimonio con *otros ojos*, desde una perspectiva más profunda, que es la que Dios ha querido desde un principio: es una comunidad de vida y de amor entre un hombre y una mujer. En la Nueva Alianza es todavía más, es sacramento de gracia, vocación divina, en suma, un camino concreto para seguir a Jesucristo.

El hombre y la mujer se complementan entre sí y tienen mucho que darse recíprocamente. Espiritual e intelectualmente, un hombre nunca puede ser "complementado" por otro hombre en la medida en que lo es con la mujer, y lo mismo ocurre en el caso de la mujer. La *ayuda* mutua de que habla el *Génesis* sólo se hará realidad

fructífera si tanto el hombre como la mujer están unidos a Dios. En el momento en que Adán y Eva comían del fruto prohibido, pensaban estar muy unidos, pues estaban comiendo del mismo árbol. No obstante, en realidad se abrió un foso entre ellos, pues cometer un pecado en común es quizás el mayor abismo que puede existir entre los hombres. Si los amantes, cuando cometen conjuntamente un pecado, se dieran cuenta que ello supone una auténtica ruptura en su amor, se asustarían de su propio error. El amor verdadero y una auténtica vida en común sólo pueden existir cuando Dios está presente[88]. En las sociedades secularizadas, está casi preprogramado que se den tensiones entre los sexos, tensiones que no conducen a ninguna parte.

La escritora alemana Ida Friederike Giirres, señalaba hace algunos años: "Hace ya tiempo que tengo claro que el matrimonio está pasando desde el Antiguo al Nuevo Testamento. Esto significa que está transformándose de ser sólo o especialmente una institución jurídica, social, económica y moral, al ámbito de la decisión espiritual. Quizás no sea sólo una señal negativa que hoy se rompan tantos matrimonios. Quizás, esto quiere decir que muchas personas no aceptan más el matrimonio en esa forma corrupta, y no están dispuestas a vivirlo de ese modo"[89].

Precisamente en estas nuevas circunstancias, las parejas cristianas están llamadas a ser un ejemplo del atractivo del amor y de la fidelidad conyugal. También en épocas de crisis e incompreensión, los cónyuges tienen que aceptar el desafío de mantenerse unidos. Todo matrimonio puede pasar por momentos difíciles. Se experimenta la monotonía, la trivialidad de lo cotidiano, el descontento y la insatisfacción profesional; se ve cómo los planes se estropean y que los hijos son muy distintos a como se los deseaba. Y, con los años, se tiene no rara vez la sensación de que se ha dado poco al otro.

Cuanto más se pone en tela de juicio la imagen clásica de la mujer, más fácil resulta que surjan conflictos del tipo ¿quién tiene que lavar los platos? ¿quién debe limpiar? ¿quién va de compras? Tan

necesario es pensar quién hará el trabajo de la casa, como absurdo es estar siempre discutiendo por ello.

Para cada hombre y para cada mujer, más que cada tarea particular, son más importantes su buena disposición hacia la familia, un amor sincero entre ellos y hacia sus hijos, que siempre se manifiesta de modo diverso e individual; pero con la disponibilidad de querer llevar en común las preocupaciones del hogar, tareas de las cuales no pueden estar ausentes los hijos, pues ellos también tienen una importante responsabilidad en la casa. Si no lo aprenden con sus padres, después tendrán los mismos problemas en su propio matrimonio. Es un callejón sin salida pensar que hombre y mujer, padres e hijos deban emanciparse unos de otros. Sería mucho mejor que juntos redescubrieran la belleza de *estar ahí* para los otros, libremente y por amor. Entonces, ya no se piensa que los propios derechos vayan a salir perjudicados, ni tampoco se exige de los demás lo que uno mismo no quiere dar. Asimismo, aprende a trabajar en equipo.

Cuando un hombre y una mujer están dispuestos a sacrificarse por su matrimonio y por su familia, es cuando el amor madura. Esta madurez del amor puede conllevar situaciones muy diversas e incluso contradictorias. Para una mujer puede ser un sacrificio quedarse en la casa, por amor a sus hijos, sin trabajar fuera; para otra, puede ser heroico conjugar el trabajo dentro y fuera de casa, por el bien de su familia. No hay recetas generales que indiquen cómo ha de ser la vida diaria en cada familia concreta, así como tampoco es adecuado juzgar desde fuera cada situación concreta.

Las posibilidades de cada uno son muy distintas: lo que a una persona le resulta muy sencillo, a otra le supera. También las necesidades de los hijos son diferentes; uno sólo puede requerir más energías de los padres que varios juntos. Como dice la citada I. F. Gorres, el matrimonio hoy en día ya no es tanto un puerto seguro, sino que llega a ser una verdadera *aventura mística*, cuando se lo vive en su profunda dimensión espiritual. Así, añade,

es la traducción del gran mandamiento cristiano del amor con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todas tus fuerzas, a un tamaño apto para los seres humanos.[90]

El matrimonio se vive como una comunión corporal, psíquica y espiritual del ser humano; y en todos los planos, significa, para los cónyuges, una unión entrañable[91]. Por ello, está abierto a nuevas vidas, pues el otro es aceptado en la totalidad de su persona, esto es, también en su fertilidad y en su posible paternidad o maternidad. Sin embargo, si la unión sexual se entendiera únicamente —aunque fuera en forma velada— como la procreación de descendientes, se utilizaría y denigraría al cónyuge como un simple medio, se abusaría de él. Asimismo, frecuentemente se olvida que, si se considera a la pareja tan sólo como objeto de placer, también se la convierte en un medio. Si en el amor matrimonial se encuentran integrados, tanto el deseo de tener hijos, como la búsqueda de la unión sexual, se puede considerar que la relación entre los cónyuges ha sido lograda. Precisamente con la aceptación de nuevas personas, que amplían la familia, la comunión de los cónyuges se confirma y hace más estable.

4. 4. La búsqueda de la santidad

Realizarse plenamente a sí mismo, significa someterse a lo que para toda persona es posible y realizable y, para un cristiano, todavía más: a lo que él, en su concreta situación de vida, descubre como *voluntad divina*.

En este punto, tocamos la dimensión más profunda del desarrollo personal. Cuando el hombre y la mujer sean capaces de superar la resistencia a la entrega, que se percibe en nuestra sociedad, en todos los planos; cuando estén dispuestos a abandonarse al amor de Dios, serán verdaderamente libres. Y esa libertad es fruto de estar desprendidos de sí, de estar *redimidos*.

La filósofa francesa Simone Weil percibió la tragedia del hombre moderno. Aunque no se declaró creyente, juzgó con criterios cristianos, al analizar las sociedades occidentales, y mencionó un remedio sorprendente, la unión personal con Dios: "Lo que hace falta en el mundo, lo que nuestro presente necesita, es una santidad nueva, una santidad que nunca existió. Esta es, al menos hoy, una súplica permitida, porque es una súplica necesaria. Creo que es... la primera súplica que debe ser expresada, hoy, cada día, a cada hora, como un niño hambriento que mendiga pan sin cansancio. El mundo necesita de santos con genio, tal como una ciudad infectada por la peste necesita de médicos. Donde hay necesidad, también hay obligación".[92]

Las promesas y exigencias del cristianismo incumben a ambos sexos en igual medida. Sin embargo, podemos preguntarnos, ¿qué quiere decir concretamente para la mujer de hoy, vivir según la fe? Significa, en primer lugar, que encuentre su apoyo para desempeñar bien las exigencias, muchas veces exageradas, que suponen su dedicación a la familia y a la profesión, en una profunda vida de oración. Que descubra el sentido del sacrificio, del esfuerzo no reconocido, del trabajo callado y aparentemente sin brillo y que también se lo haga descubrir de nuevo al hombre. Y esto no como exigencia de una ideología de tiempos pasados, sino como un desafío de una fe profunda, que sigue teniendo valor para ambos sexos, en las más variadas condiciones de la vida moderna.

En todas las exigencias, protestas y discusiones, los cristianos olvidan con facilidad que Cristo vence *en y desde* la cruz y no luchando *contra* ella, y que no triunfó sino hasta después de morir y ser sepultado. No significa que no haya que defender activamente la paz y la justicia; pero sí tener en cuenta que la vida, también cuando el dolor es insuperable, no deja de estar llena de sentido. Si tenemos fe, tendremos siempre esperanza, pues "¿quién podrá vencer a aquél cuyo triunfo presupone el fracaso?" [93].

Permítanme unas últimas palabras: las cuestiones sobre un modelo de mujer propio, no se resuelven con la determinación de conceptos abstractos. Basta una mirada cariñosa y deseosa de descubrir a la *mujer* de la Sagrada Escritura, a María. Cuando la vida nos demuestra lo bajo que, a veces, puede caer la mujer, María nos muestra hasta donde puede llegar, en Cristo y por Él. La Madre de Cristo, con toda la predilección que supone, seguía siendo una persona que tenía que luchar y sufrir como nosotros. Ella ha sabido llevar con dignidad la pobreza, el dolor, el desprecio y el exilio.

Si aprendemos de María a vivir de la fe en toda su dimensión, nuestra sociedad podría cambiar mucho. Un sinnúmero de problemas se resolverían más fácilmente, otros se compartirían. Tal como el pecado rasga el lazo que une los dos sexos, así la gracia posibilita que vuelva a existir armonía entre ellos. Su relación es tanto más bella, cuanto mayor sea su cercanía a Dios. Como cristianos, hombre y mujer pueden amarse mutuamente en su diversidad y disfrutar juntos, son capaces de convivir en igualdad, de un modo responsable para el futuro de nuestra tierra. Cuanto más cristiano sea este mundo, más humano será, y más se respetará la dignidad y libertad de cada persona.

Notas

- 1 D. von Hildebrand, *Die Ehe*, Munchen 1929. n.14.
- 2 Juan Pablo II, *Die Familie - Zukunft der Menschheit*, Vallendar 1985, p. 184.
- 3 Juan Pablo II, *Carta a las familias*, Madrid 1994, n° 11.
- 4 Cfr. J. Escrivá de Balaguer, *Die Ehe, eine christliche Berufung*, en *Christus begegnen*, Köln 1974, pp.71-85.
- 5 H.J.M. Nouwen, *Ich hörte auf die Stille*, Freiburg-Basel-Wien 1978, p. 136.
- 6 Cfr. G. Volker y K. von Welck (editores), *Die Braut II. Zur Rolle der Frau im Kulturvergleich*, Köln, 1985, pp. 536-545.
- 7 Cfr. G. Volker y K. von Welck, *Die Braut 11... cit.*, pp. 224-231.
- 8 Cfr. E. Ennen, *Frauen im Mittelalter*, 4a. edición, Munchen, 1991.

- 9 Cfr. K. Bieber, *Simone de Beauvoir*, Bonn, 1979, p. 80.
- 10 Cfr. C. Wagner, *Simone de Beauvoir Wegs zum Feminismus*, Rheinfelden, 1984, pp. 1 y 89.
- 11 S. de Beauvoir, *Das andere Geschlecht. Sitte and Sexus der Frau*, Hamburg, 1951, p. 21.
- 12 S. de Beauvoir, *Das andere Geschlecht... cit.*, p. 49.
- 13 J. P. Sarte, *Ist der Existentialismus ein Humanismus?*, Zürich, 1974, p. 14.
- 14 J.P. Sartre, *1st der Existentialismus... cit.*, p. 14.
- 15 La confesión de ser atea, cfr. S. de Beauvoir, *Die Zeremonie des Abschieds and Gespräche mit Jean Paul Sartre. August - September 1974*, Reinbek, 1983, pp. 565 y sgtes.
- 16 Cfr. C. Zehl Romero, *Simone de Beauvoir in Selbstzeugnissen and Bilddokumenten*, Reinbek, 1978, pp. 120-127.
- 17 S. de Beauvoir, *Das andere Geschlecht... cit.*, p. 49.
- 18 S. de Beauvoir, *Das andere Geschlecht... cit.*, p. 21.
- 19 Cfr. S. de Beauvoir, *Das andere Geschlecht... cit.*, p. 73.
- 20 Cfr. S. de Beauvoir, *Das andere Geschlecht... cit.*, p. 75.
- 21 S. de Beauvoir, *Das andere Geschlecht... cit.*, p. 684.
- 22 Cfr. S. de Beauvoir, *Das andere Geschlecht... cit.*, p. 455.
- 23 S. de Beauvoir, *Das andere Geschlecht... cit.*, p. 71.
- 24 S. de Beauvoir, *Das andere Geschlecht... cit.*, p. 719.
- 25 S. de Beauvoir, *Das andere Geschlecht... cit.*, pp. 165 y sgte.
- 26 Cfr. S. de Beauvoir, *Das andere Geschlecht... cit.*, p. 258.
- 27 S. de Beauvoir, *Das andere Geschlecht... cit.*, p. 285.
- 28 S. de Beauvoir, *Alles in Allem*, Reinbek, 1974, p. 455.
- 29 S. de Beauvoir, *Das andere Geschlecht... cit.*, p. 722.
- 30 S. de Beauvoir, *Das andere Geschlecht... cit.*, p. 724.
- 31 Cfr. S. de Beauvoir, *Über den Kampf für die Befreiung der Frau*, Interview von Alice Schwarzer, Kursbuch 35, 1974, p. 62.
- 32 S. de Beauvoir, *Das andere Geschlecht... cit.*, p. 461.

- 33 S. de Beauvoir, *Das andere Geschlecht...* cit., p. 721.
- 34 S. de Beauvoir, *Das andere Geschlecht...* cit., p. 751.
- 35 S. de Beauvoir, *Das andere Geschlecht...* cit., p. 718.
- 36 S. de Beauvoir, *Das andere Geschlecht...* cit., p. 751.
- 37 Cfr. S. de Beauvoir, *Das andere Geschlecht...* cit., pp. 502 y 717.
- 38 Una resumida exposición de esta ética, también llamada "nueva moral", se encuentra en K. Lüthi, *Gottes neue Eva*, Stuttgart-Berlin, 1978, pp. 67-126. Ver también la feminista E. Badinter, *Die Mutterliebe. Geschichte eines Gefühls vom 17. Jh. bis heute*, München, 1981, p. 267: "De la contradicción entre los deseos de las mujeres y los valores dominantes sólo pueden surgir nuevos modos de actuar que posiblemente transformarán la sociedad mucho más profundamente que todo cambio económico que sea de esperar".
- 39 Cfr. p. ejm. S. de Beauvoir, *Das andere Geschlecht...* cit., p. 209; cfr. pp. 500, 697 y 721.
- 40 Cfr. S. de Beauvoir, *Das andere Geschlecht...* cit., p.689.
- 41 Cfr. p. ejm. S. de Beauvoir, *Das andere Geschlecht...* cit., p. 504.
- 42 Cfr. S. de Beauvoir, *Das andere Geschlecht...* cit., p.70.
- 43 S. de Beauvoir, *Das andere Geschlecht...* cit., p.70.
- 44 S. de Beauvoir, entrevista con A. Schwarzer en "Der Spiegel" 15, 1976, p. 195. Cfr. también S. de Beauvoir, *Über den Kampf..* cit., p. 463.
- 45 S. de Beauvoir, *Über den Kampf...* cit., p. 463.
- 46 S. de Beauvoir, *Das andere Geschlecht...* cit., p. 697.
- 47 Cfr. S. de Beauvoir, *Das andere Geschlecht...* cit., pp. 409 y sgtes.
- 48 Cfr. S. de Beauvoir, *EM sanfter Tod*, Hamburg, 1965, p. 63. *Das Alter*, Reinbek, 1972, p. 383; *Alles in allem...* cit., p. 105.
- 49 Años más tarde, Beauvoir insiste en que la liberación de la mujer empiece por la emancipación económica. Cfr. S. de Beauvoir, *Über den Kampf..* cit., pp. 65 y 66.
- 50 S. de Beauvoir, *Das andere Geschlecht...* cit., p. 679 y *Über den Kampf...* cit., p. 462.
- 51 B. Friedan, *The Feminine Mystique*, 1963. *Der Weiblichkeitswahn*, Hamburg, 1966.
- 52 B. Friedan, *Der Weiblichkeitswahn...* cit., p. 33.
- 53 B. Friedan, *Der Weiblichkeitswahn...* cit., p. 52.

- 54 K. Millet, *Sexual Politics*, 1969. *Sexus and Herrschaft. Die Tyrannei des Mannes in unserer Gesellschaft*, München, 1971.
- 55 Cfr. S. Firestone, *The Dialectic Sex*, 1970; *Frauenbefreiung and sexuelle Revolution*, Frankfurt a. M., 1976, p. 41. Cfr. también S. de Beauvoir, *Über den Kampf...* cit., p. 463.
- 56 S. Firestone, *Frauenbefreiung and sexuelle Revolution...* cit., p. 191.
- 57 S. Firestone, *Frauenbefreiung and sexuelle Revolution...* cit., p. 191.
- 58 Ver A. Schwarzer, *Frauen gegen den § 218, 2*, Frankfurt a. M., 1971.
- 59 A. Schwarzer, *Der kleine Unterschied and seine grofien Folgen*, Frankfurt a. M., 1975.
- 60 Cfr. A. Schwarzer (editora), *Simone de Beauvoir heute*, Reinbek, 1983, pp. 9, 14 y 96.
- 61 Cfr. A. Schwarzer, *Der kleine Unterschied...* cit., pp. 206 y sgte.
- 62 Cfr. A. Schwarzer, *Der kleine Unterschied...* cit., pp. 208 y sgte.
- 63 Cfr. A. Schwarzer, *Der kleine Unterschied...* cit., p. 200.
- 64 Cfr. revista *Emma*, septiembre de 1978.
- 65 Cfr. A. Schwarzer (editora), *Frauenarbeit-Frauenbefreiung*, Frankfurt a. M., 1973, p. 27.
- 66 Cfr. M. Daly, *Gyn/Ecology; Gyn/Ókologie*, Munchen, 1982.
- 67 Cfr. R. Garaudy, *Der letzte Ausweg. Feminisierung der Gesellschaft*.
- 68 El hecho de que la actitud frente a la maternidad divide el movimiento feminista, se muestra en una conversación entre Simone de Beauvoir y Betty Friedan. Esta última señala: "Now, I think we do disagree. I think that maternity is more than a myth, although there has been a kind of false sanctity attached to it". Cfr. *Sex, Society and the Female Dilemma. A Dialog between Simone de Beauvoir and Betty Friedan*, en "Saturday Review" (14 de junio de 1975), p. 20.
- 69 B. Sichtermann, *Weiblichkeit. Zur Politik des Privaten*, Berlin, 1983, p. 27. Cfr. también p. 32.
- 70 Cfr. L. Caldecott and S. Leland (editores), *Reclaim the Earth*, Londres, 1983, p. 1.
- 71 Cfr. p. ejm. L. Segal, *1st die Zukunft weiblich?*, Frankfurt a. M., 1989.
- 72 E. Vilar, *Das Ende der Dressur*, Munchen, 1977, p. 194.
- 73 C. Collange, citada en E. Motschmann, *Offen gefragt, offen geantwortet*, Berlin, 1988, p. 70.
- 74 B. Sichtermann, *FrauenArbeit, Ober wechselnde Taitigkeiten und die Okonomie der Emanzipation*, Berlin, 1987, p. 50.

- 75 B. Sichtermann, *FrauenArbeit...* cit., p. 9.
- 76 B. Sichtermann, *FrauenArbeit...* cit., p. 57.
- 77 Cfr. B. Sichtermann, *FrauenArbeit...* cit., p. 22.
- 78 B. Sichtermann, *FrauenArbeit...* cit., p. 13.
- 79 B. Sichtermann, *FrauenArbeit...* cit., p. 57.
- 80 B. Sichtermann, *FrauenArbeit...* cit., p. 54.
- 81 Cfr. F. Geinoz, *Wenn die Bevalkerungsfrage Familienwerte erstickt*, en "Familie und Erziehung" 16 (1994), n° 3, p. 4.
- 82 C. Collange, *Die Wunschfamilie*, Düsseldorf-Wien, 1993, p. 226.
- 83 Juan Pablo II, Carta apostólica *Mulieris dignitatem*, 1985, n° 19.
- 84 *Tito* 3,4.
- 85 Cfr. J. Angst y C. Ernst, *Geschlechtsunterschiede in der Psychiatrie*, en: Weibliche Identität im Wandel. Vortrge im Wintersemester 1989/90, Heidelberg, 1990, pp. 69-84.
- 86 Juan Pablo II, Carta apostólica *Mulieris dignitatem*, n° 30.
- 87 E. Stein, *Die Frau, Ihre Aufgabe nach Natur and Gnade*, Freiburg, 1959, p. 8.
- 88 Cfr. A. Jourdain von Hildebrand, *Feminismus and Femiticit*, (manuscrito de una conferencia, sin fecha).
- 89 I. F. Gárres, *Zwischen den Zeiten*, Freiburg, 1960, p. 15,
- 90 Cfr. I. F. GORres, *Zwischen den Zeiten...* cit., pp. 413 y sgte.
- 91 Cfr. N. y R. Martin, *Johannes Paul II: Die Familie. Zukunft der Menschheit*, Vallendar, 1985, p. 324.
- 92 S. Weil, citada por G. Siegmund, *Die Stellung der Frau in der Welt von heute*, Stein am Rhein, 1981, p. 95.
- 93 G. v. Le Fort, *Der Kranz der Engel*, 6a. edición, München, 1953, p. 302.